

**EFRAÍN SUBERO**

---

**“EL PAPEL DE LAS HUMANIDADES EN  
EL MUNDO TECNOLÓGICO DE HOY”**

(Conferencia dictada en los Salones  
del Centro Cultural del Municipio  
Aguirre, el día 11 de mayo de 1968).

---

---

**PUBLICACIONES  
DEL CONCEJO MUNICIPAL DEL DISTRITO  
MANEIRO Y DE LA “BIBLIOTECA-MUSEO”  
DE PAMPATAR.**

Hace algo más de ochenta años, el científico británico C. P. Snow acabó con la hasta entonces sólida unidad del mundo intelectual. Snow señaló por primera vez que la realidad cultural del mundo, casi inadvertidamente, se había escindido en dos mitades. Que a partir de su grito ya no era posible seguir hablando de una cultura sino de dos culturas antitéticas: la cultura de las ciencias y la cultura de las humanidades.

La catástrofe se había originado sin duda alguna en el movimiento liberador del Renacimiento que había roto los hieráticos moldes y había señalado a la inteligencia el deslumbrante camino de la libertad.

Desde Snow, científicos y humanistas han ido levantando una descomunal columna bibliográfica con la que trataban de justificar a una u otra cultura y, en ciertos casos, la armonía de las dos. Para intentar resumir esa polémica y en consecuencia, la conclusión posible, necesariamente uno tiene que comenzar por hacerse la patética interrogante que se planteó a sí mismo Aldous Huxley: “¿Cuál es la función de la literatura, cuál su psicología, cuál la naturaleza del lenguaje literario? Y, ¿en qué se diferencian su función, su psicología y su lenguaje de la función, la psicología y el lenguaje de la ciencia?”

La contestación a la pregunta plantea el reto de una categórica caracterización de la ciencia y de la literatura de donde puedan surgir las analogías, si es que las hay, o el señalamiento de las diferencias.

Para caracterizar la ciencia, Huxley se plantea el caso concreto de una exposición científica. Esta es “meramente instrumental, puede reorganizarse (...) de modos muy diversos y todos perfectamente satisfactorios. Y cuando la observación de nuevos hechos la hayan convertido en algo anticuado, correrá

la suerte de todos los viejos escritos científicos y se la olvidará”. En cambio, “la suerte de una obra de arte literario es muy distinta. El buen arte sobrevive”. Es decir, que como bien lo señalara Max Weber mucho antes que Huxley, “el trabajo científico (...) está inmerso en la corriente del *progreso*, mientras que en el terreno del arte, por el contrario, no cabe hablar de progreso en este sentido”, —volvemos a Huxley— “el lenguaje purificado del arte literario no constituye un medio para otra cosa; es un fin en sí mismo”. Para decirlo con palabras de Weber, “una obra de arte que sea realmente acabada, no será nunca superada ni envejecerá jamás” (...) “En la ciencia, por el contrario, —continúa clarificando el insigne pensador alemán— todos sabemos que lo que hemos producido habrá quedado anticuado dentro de diez o veinte o de cincuenta años. Ese es el destino y el *sentido* del trabajo científico, y al que éste, a diferencia de todos los demás elementos de la cultura, que están sujetos a la misma ley, está sometido y entregado. Todo *logro* científico implica nuevas *cuestiones* y ha de ser superado y ha de envejecer”.

He aquí planteadas dos diferencias básicas en las que, posiblemente, Huxley ignoraba que repetía el pensamiento de Max Weber. Pero hay más, “el divorcio entre ciencia y filosofía iniciado con el surgir del Renacimiento científico en el siglo XVII se acentuó con el mecanismo imperante en la centuria pasada. Por un lado —expresa Cortés Pla— surgieron filósofos, estadistas, literatos, o artistas, imbuidos de una educación titulada humanista, orgullosa de su ignorancia de la ciencia y de su espíritu por otro, científicos y técnicos, especializados en pequeñas parcelas del saber, que engreídos por los aportes que brindaban al confort material del hombre despreciaron cuanto no encajara exactamente en el estrecho marco de su actividad”. Y quedó así, planteada la aparente antinomia —ciencia-literatura— que amenaza con desmoronar la tradicional estructura cultural del mundo.

El problema, más agudo en los niveles intelectuales inferiores, surgió indudablemente de las pequeñas o grandes satisfacciones materiales

producidas por el progreso científico. Imbuido dentro del confort del automóvil último modelo o del aire acondicionado, el hombre olvidaba que “el progreso de la ciencia ha engendrado el progreso de la popularización de la ciencia” y que estaba siendo víctima inconsciente de toda una gran maquinaria montada especialmente para hacerlo víctima de esos pequeños o grandes inventos materiales. La ciencia se proyectó por medio de la técnica, hacia el mundo de las prosaicas aplicaciones materiales y como consecuencia de la satisfacción de los otros apetitos primarios, de las pequeñas o grandes satisfacciones exteriores, el hombre no advertía que, como lo expresó Tolstoi, esa misma ciencia carecía de sentido por cuanto no daba respuestas a las cuestiones verdaderamente importantes como esas del “qué debemos hacer y cómo debemos vivir”. Por el camino de los bienes materiales, incrementado cada vez más avasalladoramente por el mundo de los intereses comerciales, tanto el hombre-comprador como el hombre-científico perdieron su verdadera, íntima libertad.

Mientras que a uno le condicionaban su gusto al mandato de la publicidad; el otro, en cuanto que obedecía produciéndola o produciendo el objeto publicitario, también era un esclavo. El científico, el técnico, tenían que integrarse a un sistema que los ponía a hacer motores o neveras, como también a vender las bellas mentiras de la radio o la televisión, o no encontraban lugar sobre la tierra.

Pero así como podían hacer motores y neveras, también los ponían a hacer bombas y cañones. Surgieron entonces los científicos de la guerra, desatados de su propia conciencia, y atados por cinturones de seguridad a los laboratorios secretos de la destrucción. Con todo acierto señalan diversos escritores “el alto índice de peligrosidad de la ciencia” y la técnica modernas que plantean la necesidad de rehumanizar al hombre “enceguecido por un materialismo sórdido”. De esta manera, por rara paradoja, las humanidades actuales tienen como insoslayable propósito liberar al científico del

intelectualismo científico, para hacerlos volver, como lo pedía Weber, al mundo de su propia naturaleza.

Mientras esto sucede en el terreno de la ciencia que en un principio pretendió servir al hombre desdoblándose en la inmediatez de la técnica, la literatura enfrenta la mortificación cotidiana del “mundo en que los seres humanos nacen, viven, y finalmente mueren; el mundo en que aman y odian, en que sienten orgullo y humillación, esperanza y desesperación; el mundo de los sufrimientos y de las alegrías; de la locura y el sentido común, de la estupidez, la astucia y la sabiduría; el mundo de las presiones sociales y los impulsos individuales, de la razón contra la pasión, de los instintos y las convenciones”, es decir, “el mundo de la cultura que prevalece”, incluyendo a la ciencia, el mundo del hombre.

Ya no se justificará más una literatura desligada del hombre, es decir, del trajín de la existencia. Es posible que el mismo hombre no comprenda el esfuerzo de la literatura por ennoblecer su corazón; es posible que el creador enfrente la imposibilidad o por lo menos la limitación en cuanto a la divulgación de su obra; hasta es posible en última instancia que por razones de cultura el hombre no comprenda el significado de la palabra que se le dirige en todo caso, como quería Voltaire, tendrá que seguir cultivando su jardín. Que se pierda la semilla, pero no por falta de sembrador

La ciencia se ha convertido en un problema de las humanidades en cuanto esta misma ciencia afecta el destino del hombre y por lo mismo, el destino de las Humanidades. El aislamiento que ha caracterizado a los dos mundos necesariamente tiene que dejar de ser, porque las humanidades tienen que imbricarse con las ciencias para infiltrarles espíritu y moral, elevación, perfeccionamiento afectivo.

La ceguera utilitaria del sistema instrumenta no sólo con los técnicos sino con los propios hombres de ciencia. En la triste historicidad de este

momento, cuando se multiplican a tanto por hora, cuando las ganancias que se hacen a expensas del hombre se multiplican a tanto por mes, la literatura tiene que interponer su palabra, que no pretende ganar otra cosa que no sea el perfeccionamiento humano.

Las diversiones que otros planifican para nosotros, los viajes que otros piensan por nosotros, nos aturden, tanto, que no nos dejan tiempo para pensar. Lo dinámico, lo rápido, lo febricitante es lo característico de la época porque ya no se quiere hacer del hombre un ser pensante sino un simple instrumento de ganancias o pérdidas.

De esta manera y en forma más que justificable, el humanista se sintió avasallado en un mundo que no es el suyo, atosigado por costumbres extrañas, acatando principios que no lo son. De esta manera el humanista se ha convertido en testigo espectral de un tiempo que tampoco es el suyo, y donde ni siquiera el hogar, ni los niños que vinieron al mundo para que el hombre recuerde su corazón, se salvan de esta crisis avasallante que pretende instrumentar con el hombre desde el mismo momento cuando tiene uso de razón.

De esta manera el poeta, aislado, lloró sobre el mensaje inútil de sus versos, y abrumado buscó la verdad de nuestro tiempo.

En un primer instante de desconcierto el escritor ha podido estimular la antinomia de las dos culturas y reírse del científico reducido a la infinitesimal parcela de su especialidad.

Pero bien pronto el humanista llegó al conocimiento de que vivimos una época irremediamente científica donde lo que se impone es un sistema de relaciones entre las dos culturas. La antinomia ciencia-literatura tiene que desaparecer, porque como muy bien lo anota Huxley, “uno puede ser un científico sin sacrificar el propio amor o comprensión de la literatura”. Tiene

que desaparecer, porque la filosofía, que pertenece al mundo de acá, tiene que penetrar la soledad del hombre de ciencias, para poblarlo de angustia existencial; la antinomia ciencia-literatura tiene que desaparecer porque como señala Rosenblat con todo acierto, “el conflicto entre las Humanidades y la Ciencia es un conflicto falso, nacido de pueriles pretensiones de monopolio o de supremacía. Hoy no puede pensarse en unas Humanidades que dejen de lado la grandeza humana de la ciencia, ni en unas Ciencias tan descarnadas y asépticas que prescindan del aporte del mundo humanístico”. La antinomia —Ciencias-Humanidades— dejará de existir porque, como lo expresaba Ellen Wilkinson: “En este momento en que todos nos preguntamos con aprensión que harán mañana de nosotros los hombres de ciencia, es importante que ellos estén estrechamente asociados con el humanismo y sientan que tienen una responsabilidad frente a la colectividad humana”; y, añadía Wilkinson: “el tremendo impacto del progreso científico sobre las condiciones económicas, sociales y aún políticas, pone el énfasis en la necesidad, hoy más que nunca, de un estudio serio y profundo de las implicaciones sociales de la ciencia”. La antinomia Ciencias-Humanidades tiene que desaparecer porque tanto una como otra cultura ejercen una función social. Es al hombre a quien van dirigidas las conquistas recíprocas. Es el hombre instrumento para una y fin para la otra, pero en todo caso, es por medio del hombre, de la conducta humana como una y otra pueden trascender.

Necesariamente, el destino del hombre surge como elemento armónico en torno al cual unan esfuerzos las humanidades y las ciencias. “Dentro de veinte años —son palabras del profesor Abdus Salam— el mundo menos desarrollado padecerá tanta hambre; estará tan relativamente poco desarrollado y tan desesperadamente pobre como hoy en día. Y esto a pesar de que sabemos que el mundo tiene suficientes recursos —técnicos, científicos y materiales— para poder eliminar la pobreza, la enfermedad y la muerte prematura para toda la raza humana”. De manera que en este patético desafío de la pobreza tienen que centrarse el esfuerzo de las dos culturas que después de ochenta años se han definido en el decir del profesor Jules Henri

como “la cultura de la vida” y “la cultura de la muerte”. Ya que, “en la mente de la mayoría de las personas, la ciencia se ha vuelto sinónima de armas de destrucción, es decir, de muerte”. Y la cultura de la vida, que podría oponérsele se encuentra circunscrita a estos miles de hombres impotentes que predicán unión y amor, fraternidad y paz, “asustados y confusos” que se interrogan desesperadamente “¿en qué parará todo?”.

Más que en laboratorios y fábricas, más que en ateneos y constreñidos círculos literarios, es este mundo de la pobreza —la pobreza de los países ricos, la pobreza de los países pobres— el que debe servir de escenario y de mira tanto a los científicos como a los humanistas, unidos en las comunes aventuras del bien.

Ahora más que nunca como lo quería Weber, “podemos obligar al individuo a que, por sí mismo, se dé cuenta del sentido último de sus propias acciones. O si no obligarlo, al menos podemos ayudarlo a esa toma de conciencia”. Si lo que está en la balanza en último término es el destino de nuestro tiempo, tenemos que plantearnos seriamente, con positiva angustia, el por qué han desaparecido los valores morales tradicionales que aseguraban el bienestar de la humanidad. La moral, en esta era de la ciencia, está en bancarrota y necesariamente tenemos que cargarla a su cuenta. Desde las formas más elementales e individuales, como el pudor, hasta las formas más temibles y colectivas como la censura pública, están resquebrajadas. Ahora el hombre desde bien temprano quiere ser libre sin darse cuenta que no sabe hacer uso de su propia libertad. No hay evasión posible, respaldemos a Weber en la actitud viril para enfrentar el destino de nuestro tiempo. Y para ello debe orientarnos, en primer lugar, el hecho de que “únicamente los valores espirituales son eternos” y que, tal como lo afirmaba Cortés Pla, “lo inmanente, lo imperecedero es el espíritu que guía al hombre hacia la verdad, hacia la belleza, hacia la justicia”. Es decir, los mismos ideales que orientaban a Einstein quien por una triste paradoja vital, abrió el camino, con su

sabiduría, hacia la construcción de las armas nucleares que amenazan con borrar todo vestigio de civilización sobre la tierra.

La única manera posible de salvación del caos cotidiano, del precario todos los días materialista y hasta de la espantosa debacle final, es que el hombre, cada hombre, estructure su propia personalidad y que para ello tienda una mirada acuciante hacia dentro, en donde yacen los valores eternos. Hoy más que nunca ha de pensarse en la paz universal, que si el estadista mal sostiene con miedo, el hombre común ha de sostenerla por la comprensión y el amor.

Weber alguna vez habló, irónicamente, de misticismo por oposición al reto que plantea el mundo de hoy. Y quien sabe si tanto para el científico como para el humanista, la solución esté en un misticismo combatiente que no se acurruque en el silencio de las Iglesias, en la tranquilidad de los conventos, sino que se proyecte hacia el tormentoso suceder de la calle.

Ante el afán despersonalizador del mundo técnico, que nos mete el producto comercial por los ojos para enturbiarnos luego el corazón, la actitud debe ser la de un hombre alerta y reflexivo atento a la ubicación del enemigo, infiltrado hoy gracias a la incondicionalidad de la prensa, la radio y la televisión, hasta en los pueblos más lejanos.

La soledad del hombre de ciencia, tanto como la soledad del humanista golpeado en su fe, tiene que embanderarse con un sentido único que conquiste con cantos, sonrisas y perdones, es decir, con las armas sin filo de la paz, el bienestar del hombre.

Venezuela, como toda Hispanoamérica, no ha podido escapar a la invasión del mundo de la técnica. Si las aulas de Ciencias del Bachillerato permanecen llenas y las de Humanidades permanecen vacías, es porque hemos cedido sin luchar al cambio que nos propone un mundo ajeno. Pero

debe saber la juventud venezolana que en el trasfondo de ese cambio se encuentra palpitando la ola oculta que amenaza destruir nuestra cultura. Y que no es el más hermoso destino del hombre circunscribir su horizonte vital a una simple profesión lucrativa que lo convierta en un número más de los ignominiosos mercaderes del templo.

Si es que Venezuela no cuenta con los hombres ni con la fuerza suficiente para enfrentar la crisis, si es que no sabemos o no podemos estructurar nuestro propio destino, afinquemos nuestra esperanza en las voces que desde el propio mundo en ruinas ya comienzan a señalar la desventura. Mantengamos la fe en que antes que sea demasiado tarde, el temor que abrumba al hombre de nuestro siglo no entrase sus acciones, y podamos amanecer, junto con todas las naciones del mundo, repitiendo la verdad que intenté sintetizar alguna vez; necesitamos lo útil pero también lo bello, a sabiendas que todo lo bello es útil pero no todo lo útil es bello.

Cuando el mundo comprenda lo útil de lo bello y lo feo de lo útil, cuando por fin logremos darle un sentido a nuestra cultura, llenar de futuro nuestra existencia, entonces podremos resucitar nuestras canciones, muertas en el silencio expectante de estos días sin nada.

Entonces entenderemos plenamente la utilidad de la poesía que proclamó Martí desde 1889:

“Estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte: lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien y pintar todo lo hermoso del mundo, de manera que se vea en los versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan

como ovejas y le laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres. El que tenga penas, lea las Vidas Paralelas de Plutarco, que dan deseo de ser como aquellos hombres de antes, y mejor, porque ahora la tierra ha vivido más, y se puede ser hombre de más amor y delicadeza. Antes todo se hacía con los puños: ahora la fuerza está en el saber, más que en los puñetazos; aunque es bueno aprender a defenderse, porque siempre hay gente bestial en el mundo, y porque la fuerza de salud, y porque se ha de estar pronto a pelear, para cuando un pueblo ladrón quiera venir a robarnos nuestro pueblo”.

Confiemos en que no tarde el lunes cuando el mundo vuelva a creer en el poder de la palabra que es verdad y amor, unión y justicia, elevación y perfeccionamiento del alma; que es sabiduría y eternidad. Confiemos en la hora de nácar cuando el mundo recomience, como la mar de Valery, en un nuevo y definitivo amanecer.

EFRAÍN SUBERO.

Mayo de 1968.

**TIP. AVANCE – TEL. 2190 – PORLAMAR**

**TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.**

**Transcripción, corrección, diseño y diagramación:**

**Licdo. Frank Omar Tabasca**

frank\_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Abril de 2024